

mas tenaces; y de aquí nace la dificultad de convertir á los que han caído en esta ilusion. Temed un mal tan pernicioso, y de ordinario tan incurable. Haced un estudio en servir á Dios con rectitud y simplicidad. El orgullo es por lo comun el origen funesto de las ilusiones del entendimiento y de las del corazon. Tened, pues, un corazon y un entendimiento dóciles. No hagais nada sin el consejo de un sabio y santo director; desconfiad siempre de vuestras propias luces; y decid muchas veces á Dios, tomando aquellas hermosas palabras del Profeta: *Criad, ó Dios, en mi un corazon puro, y renovad en mi interior el espíritu de rectitud.*

2.º Uno de los medios para no dejarse sorprender de esta delicadeza de conciencia, es buscar á Dios con sinceridad. Desconfiad continuamente de vuestro propio espíritu; no leais jamás ningun libro sospechoso. Tened horror á todo espíritu de partido y de cabala. Haced profesion de una simplicidad verdaderamente cristiana; tened siempre una caridad universal; no juzgueis á nadie; juzgaos severamente á vosotros mismos, y aplicaos á la reforma de vuestras costumbres. Ved aquí cuál debe ser el continuo objeto de vuestro zelo.

MARTES SANTO.

Al paso que se acerca el gran dia en que se completó la grande obra de nuestra redencion con la muerte en la cruz del Salvador del mundo, exhorta la Iglesia á todos los fieles á que no se glorien mas que en la cruz, instrumento glorioso de nuestra salud,

y á que cumplan en su carne, á ejemplo del Apóstol, lo que falta á los dolores de Jesucristo, principalmente en estos dias de llanto, de luto y de penitencia.

El introito de la misa de este dia está tomado de la epístola de san Pablo á los Gálatas, en la que el santo apóstol, despues de haberles dado un gran número de preceptos morales, que son un compendio de toda la moral cristiana; despues de haberles descubierto el verdadero motivo porque todos los falsos apóstoles querian obligarles á que se sometieran todavía á las ceremonias legales: No son tan eficaces, lex dice, para estrecharos á tomar la circuncision, sino para evitar la persecucion que los judíos han declarado á los que, como nosotros, creen que las ceremonias legales están abrogadas. Aquellos falsos apóstoles creian en Jesucristo; pero no creian que la ley de la circuncision quedó abolida por el bautismo. No creais, añade el santo apóstol, que sea el zelo de vuestra salud, ó el amor de la verdad, ó la gloria de Jesucristo lo que les anima; es la vanidad, el respeto humano, el amor propio. *Quieren gloriarse en vuestra carne*, esto es, quieren tener la necia gloria de haberlos sometido á la ley de la circuncision; un temor cobarde, servil, interesado, les impide predicar, como nosotros, la cruz de Jesucristo y la eficacia de la fe, para de este modo no verse perseguidos de los judíos por la cruz de Jesucristo. Los cristianos estaban expuestos á las persecuciones de los judíos y de los paganos. Los judíos les perseguian porque abrogaban las ceremonias legales, y reconocian por Mesías al que sus padres habian crucificado; los paganos, porque introducian una religion nueva que conde-

naba todas las demás. Los falsos doctores de que habla aquí san Pablo, no eran ni judíos, ni cristianos, ni paganos, puesto que reconocían á Jesucristo por el Mesías, se sometían á la ley de la circuncision, y no adoraban los ídolos. Habiendo instruido san Pablo á los fieles de Galacia sobre este punto de fe tan importante, declara altamente que, por lo que toca á él, hace consistir toda su gloria en predicar á Jesucristo, y Jesucristo crucificado, el cual es para los judíos un escándalo, y una locura para los gentiles; pero que es la fortaleza y la sabiduría de Dios para todos los verdaderos fieles. *Con respecto á mí, dice, no permita Dios que me gloríe en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* Del sentido de estas palabras del Apóstol ha formado la Iglesia el introito de la misa de este día.

Nada nos conviene mas que poner nuestra gloria en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual está nuestra vida, nuestra resurreccion, y por la que hemos sido salvos y libertados. ¿Hay muchos cristianos el día de hoy que pongan su gloria en la cruz del Salvador, esto es, que no tengan otra ambicion que hacerse semejantes á este divino modelo? Por el contrario, húyese de la cruz, tiénese horror á la cruz, y se está muy lejos de poner en ella su gloria; sin embargo en la cruz es en donde se halla la salud y la vida, mientras que en los honores y en los placeres de esta vida no se encuentra sino la muerte.

Dios tenga misericordia de nosotros, y derrame sobre nosotros sus bendiciones en abundancia. Difunda sobre nosotros la luz de su rostro. Esta expresion es bastante comun en la Escritura para indicar la bondad y la benevolencia, y para decir que se digne mirarnos con

ojos favorables, y nos haga sentir los efectos de su misericordia y de su extraordinaria bondad con nosotros. El salmo 66 es una viva y devota oracion que David hace á Dios en favor de su pueblo, y por la cual pide el profeta que todas las naciones conozcan y alaben al Señor.

La epistola de la misa de este día nos representa una figura de Cristo paciente, y condenado á muerte en el árbol de la cruz, por los mismos de su pueblo, en la persona del profeta Jeremías.

Este santo hombre, que era sacerdote, habia reprehendido muchas veces á los judíos por su infidelidad con Dios, y les habia amenazado con las penas con que debían ser castigados por sus desórdenes y por su rebelion; pero ellos en lugar de aprovecharse de sus caritativas amonestaciones, se habian irritado contra él, y habian jurado su pérdida. La analogia es bastante justa entre la figura y la realidad. Lo que el profeta dice despues á Dios con este motivo, y que la Iglesia aplica en este día á Jesucristo, hace la analogia todavia mas perfecta.

Señor, dice Jeremías, vos me habeis hecho ver cuáles son los pensamientos de mis contrarios, y cuáles son sus perniciosos designios contra mí. Todas las iglesias convienen, dice san Jerónimo, en que estas palabras y las siguientes miran á Jesucristo y á su pasion. Contra él es contra quien se forman designios de muerte; este divino Salvador es el que, como cordero manso, conducido para ser víctima, va á la muerte sin resistencia, sin quejarse, sin proferir una palabra. No hay duda, dice el mismo padre, que Jeremías es visiblemente aquí la figura de este divino Salvador. Aquí comienza á sufrir de parte de sus her-

manos, y á representar en su persona aquel divino original que se ha cualificado como hombre de dolores. *Yo soy como un cordero manso, sin hiel, sin aspereza, sin malicia, conducido para ser víctima por los pecados. Yo ignoraba entonces todo lo que se tramaba contra mi, y no sabia lo que querian decir cuando decian: Pongamos leño en su pan, exterminémosle de la tierra de los vivientes, y sea borrado su nombre de la memoria de los hombres.* Pero despues que os habeis dignado, Señor, darme la inteligencia de una expresion tan figurada, comprendo que ellos han resuelto quitarme la vida en un leño. Tertuliano, san Cipriano, Lactancio, san Gregorio, san Jerónimo, y los demás santos padres entienden todos este lugar del profeta de la muerte de Jesucristo en la cruz. Los propios términos de pan y de leño desenvuelven por si mismos el misterio, y su explicacion gira sobre la verdad del misterio de la Eucaristía. Jesucristo ha declarado en términos expresos, claros y precisos que él era *el pan vivo, que era el pan de vida que habia bajado del cielo: el pan que yo daré, añade, es mi propia carne;* y esta misma carne es la que será inmolada sobre la cruz por la salud y por la vida del mundo. Cuando los judíos han dicho por Jeremías: *pongámos leño en su pan, exterminémosle de la tierra,* han dicho de Jesucristo: Preciso es deshacernos de él, y para esto, clavemos su cuerpo, que él dice que es el pan vivo bajado del cielo; clavémosle en el leño de la cruz, y por este medio le exterminaremos de este mundo. *Pero tú, ó Dios de los ejércitos, esto es, Dios justo, Dios soberano, juez vengador de los crímenes, que castigas la iniquidad; tú que juzgas con todo el rigor de la justicia; tú que no te dejas deslumbrar*

por exterioridades imponentes, ni por apariencias engañosas, sino *que penetras el interior del alma, y ves el fondo del corazón;* tú, en fin, que sabes bien desenvolver los motivos mas especiosos, y que descubres toda su malignidad, á pesar de todos los pretextos mas plausibles con que se cubren y se disfrazan, tú conoces la malicia de mis enemigos, que, bajo de una vana y frívola apariencia de religion, tratan de impostor y de malvado al que tú has enviado, á aquel cuya inocencia conoces; *dejame ver la venganza que debes tomar de ellos.* Vea yo la iniquidad de los judíos, su endurecimiento, su impenitencia castigada, sus designios confundidos, y tu justicia vengada. Vea yo al justo, á quien ellos pretendian exterminar de la tierra de los vivientes, triunfar de su crueldad y de su furor, triunfar de la muerte misma. Vea yo á todos los que han conspirado para perderle, humillados, anonadados, y á él exaltado por aquellos mismos que no le han maltratado sino porque se han obstinado maliciosamente en desconocerle. El profeta, dice san Jerónimo, solo habla contra los que debian permanecer en su endurecimiento. No desea él la desgracia de sus hermanos; está por el contrario apesadumbrado, su pérdida le hiere mucho mas que los malos tratamientos que ha sufrido de ellos. Querria que Dios les castigase para obligarles á convertirse; pero previendo su tenaz obstinacion, anuncia las desgracias que deben sucederles en castigo de su endurecimiento y de su impenitencia. Como el Salvador predice la destruccion entera de Jerusalem y la del templo en castigo de la ceguera voluntaria de los judíos: *¡O si á lo menos, exclama, despues de tantas infidelidades pasadas, hubieses sabido conocer*

en este día lo que únicamente era capaz de darte la paz; si tú hubieses sabido conocer que estaba en medio de tí la verdadera fuente de tu felicidad! Pero estas verdades no están ahora á tu alcance; tú no las ves, nación desdichada, porque has querido ser ciega, y no has querido ver la luz que te iluminaba.

La Iglesia, ocupada toda en esta santa semana de la pasión de Jesucristo, tiene el mayor cuidado en llenar de ella el entendimiento y el corazón de todos los fieles; y como entre todos los misterios de nuestra religion no hay otro mas interesante que este, desea que sus hijos no ignoren la mas mínima circunstancia de él. Con este mismo fin los cuatro historiadores sagrados, que nos han dado la historia de la vida de Jesucristo en el evangelio, se han como repartido entre sí el pormenor de los principales hechos de ella, habiendo querido en esto el Espíritu Santo, que les dirigia, formar de todos cuatro una historia completa; pero en cuanto á la pasión del Salvador, cada uno en particular se ha aplicado á hacer una narracion detallada y entera, y solo algunas menudas circunstancias, cual rasgos particulares, distinguen cada cuadro. No queriendo, pues, la Iglesia que ignorásemos nada de este gran misterio, por el cual se ha obrado la grande obra de nuestra salud, nos hace leer en estos santos días la historia de la pasión de Jesucristo, segun los cuatro evangelistas, que ha distribuido segun el orden del tiempo en que han escrito. Así el domingo de Ramos nos hace leer la historia de la pasión del Salvador, segun san Mateo; el martes la misma historia, segun san Marcos; el miércoles, segun san Lucas; y el viernes santo; segun san Juan, que es el

que ha escrito despues de los demás evangelistas. Ninguna cosa hay tan útil para la salud, dice san Agustin, como el pensar todos los días en lo que ha padecido un Dios hombre por nuestra salvacion. Nada mas á propósito para obligarnos á sufrir con paciencia, y aun con alegría, cuanto hay de mas crudo y de mas sensible en esta vida, que el recordar de continuo á nuestro espíritu la memoria de la pasión del Salvador, dice san Isidoro. Seguro es, decia Origenes, que no podrá reinar el pecado en un corazón que piensa frecuentemente en la pasión del Salvador.

Todos los padres de la Iglesia y los doctores convienen en que los tormentos que el Salvador se ha dignado sufrir por nuestro amor, son incomprensibles al entendimiento humano; y que su pasión es un misterio de humillaciones y de dolores que sobrepuja á toda inteligencia criada. Seria necesario comprender lo que es el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre, y hecho semejante á nosotros por su encarnacion, para tener una justa idea de lo que este Dios hombre ha sufrido por rescatar á los hombres. Seria preciso penetrar la profundidad de sus humillaciones, la vivacidad y el número de sus dolores, la delicadeza de su carne, la extension y la penetracion de su espíritu, y al mismo tiempo la desproporcion infinita de la reunion de todos sus tormentos, con la dignidad infinita de su adorable persona. Todo es exceso en la pasión de Jesucristo, dice santo Tomás: exceso de malicia en los judíos, á quienes habia colmado de todo género de bienes; exceso de crueldad en sus verdugos, que le hacen sufrir tormentos inauditos, y que no dejan espacio alguno sin llaga ni sin suplicio en su delicado cuerpo; exceso de ignominia, en los

ultrajes que se le hacen, en las irrisiones y oprobios de que se le carga; exceso de tristeza y de amargura, á que él mismo se entrega, y que le causan un sudor de sangre; exceso, en fin, de dolores, los cuales no hubiera podido jamás sufrir sin milagro. Sabed, dice santo Tomás, que la grandeza de sus dolores fué proporcionada á la pena que merecian los pecados de todos los hombres; y esto, porque no solamente quiso el Señor destruir el pecado por la fuerza de su poder, sino tambien por las reglas de su justicia; así es que quiso que hubiese una igualdad perfecta entre la deuda y la paga, entre el pecado y su pena: esto es lo que ha hecho creer á muchos sabios intérpretes, que el Salvador ha sufrido él solo tantas penas temporales, cuantas merecian sufrir en esta vida todos los hombres juntos por cada uno de sus pecados; de suerte que sus dolores fueron tan grandes, que, aun cuando no hubiera sido mas que simplemente hombre, igualarian y aun sobrepujarian todas las penas que la justicia divina hubiera tenido derecho para exigir de todos los pecadores despues de la remision de sus pecados. Así es que en la pasion del Salvador declara el Padre Eterno que ha agravado su brazo sobre su propio Hijo, á causa de los crímenes de su pueblo.

Pero nada nos descubre mejor los tesoros que están encerrados en la pasion del Salvador, que la historia sencilla de la misma pasion. No hay mas que seguir el pormenor que hace de ella el evangelio, y ver con ojos cristianos todo lo que Jesucristo ha sufrido en los tres principales teatros de su pasion, esto es, el huerto de los Olivos, la ciudad de Jerusalem y el Calvario.

Habiendo salido el Salvador de Jerusalem, despues de haber celebrado la última Pascua con sus apóstoles, se retiró á la montaña de los Olivos, en donde tenia de costumbre orar durante la noche, y no permitió que le acompañasen mas que san Pedro, san Juan y Santiago, dejando á los demás en la aldea de Gethsemani que estaba al pié de la montaña. Entróse en el huerto de la granja de Gethsemani, que era el lugar adonde iba muchas veces con sus discipulos, el cual conocia Judas muy bien, de suerte que no dudaba que le encontraria en él. No lo ignoraba Jesus: le hubiera sido muy fácil retirarse á otra parte; pero habiendo llegado ya la hora marcada de su sacrificio, se detuvo allí, para inmolarsé él mismo á su Padre sobre el altar de su corazon, siendo á un tiempo el sacerdote, el ministro y la victima de su sacrificio. En todas las demás partes puede decirse que sus enemigos tuvieron parte en la inmolation; aqui es el Salvador solo el que voluntariamente reúne en su alma y sobre su cuerpo todo lo que los tormentos tienen de mas cruel, todo lo que la muerte tiene de mas doloroso, todo lo mas horroroso, lo mas opresivo, lo mas sensible que un hombre puede sufrir. Entrégase á un sobrecogimiento de temor y de espanto capaz de quitarle la vida; y reuniendo su imaginacion á la vez todos los objetos afflictivos, la traicion de un apóstol pérfido, la fuga de los apóstoles fieles, las rechiflas, los ultrajes, las imprecaciones de un pueblo furioso, los insultos ignominiosos del mas injusto de los tribunales, del mas indigno de los magistrados, las irrisiones insolentes, los oprobios, la barbarie, la impiedad de parte de los soldados, las calumnias escandalosas, las injusticias horribles, una mons-

tuosa preferencia, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, todo se presenta, todo se hace sentir, todo abrumba al mejor de los corazones, y á la mas tierna de las almas. Jesus parece como que sucumbe bajo de un peso tan enorme; ni aun puede, al parecer, disimular el exceso de sus penas: *Me cubre, dice, una tristeza mortal.* Esta tristeza mortal á que el Salvador se abandona, es mas el efecto de nuestra ingratitud y del poco fruto que tantos malos cristianos reportarian de su muerte, que del cáliz amargo que iba á beber. Si pide á su Padre que le libre de lo que él mismo habia aceptado tan voluntariamente, es para que comprendamos que siente toda su amargura. Y á la verdad, lo que irrita su dolor, es ver el abuso sacrilego que harán tantos pecadores de las gracias que va á merecerles con su sangre. Él quiere salvar á todos los hombres, y la mayor parte de los hombres se perderán; acepta todos los tormentos, y hasta la muerte mas ignominiosa, para la expiacion de nuestros pecados, y la tierra estará cubierta de pecadores; muere por su pueblo, y este desdichado pueblo no se aprovechará de su muerte.

El temor y la extrema tristeza á que se ha entregado el Salvador, habia por un efecto natural recogido la sangre al rededor del corazon; pero habiéndola rechazado, y derramado con violencia por todo el cuerpo el amor y el deseo ardiente que tenia de nuestra salud, se dilató en un sudor tan abundante, que quedó la tierra regada con ella. ¡Y qué! ¿ tanta sangre derramada á consecuencia del excesivo amor que Jesucristo nos tiene, no arrancará jamás una lágrima de nuestros ojos?

La llegada del pérfido Judas á la cabeza de una compañía de soldados y de galopos, armados con espadas y con palos, oprimió el corazon del buen Maestro, y el beso traidor que aquel infame apóstata le dió en señal de su traicion, hizo una llaga en su corazon divino, que le lastimó hasta el último suspiro de su vida. Abrazando entonces por última vez el Salvador á aquel infeliz, y hablándole todavía con un tono de padre: Amigo mio, le dice, ¿ con un beso te atreves á entregarme? ¡Qué! Judas, mi amado discípulo, á quien he distinguido con tantas señales de amistad; Judas, tú que has sido testigo de tantos milagros como yo he obrado; Judas, uno de mis mas queridos apóstoles, ¿ con un beso me entregas á mis mas mortales enemigos? ¿Qué corazon hubiera sido tan bárbaro que no se hubiese conmovido y enternecido con una queja tan amorosa? Pero Judas es insensible á una reconvencion tan afectuosa. ¡O Dios mio! ¿De qué no es uno capaz cuando os abandona despues de haberos conocido! ¡Oh, y qué cierto es que la insensibilidad sigue muy de cerca á una comunion sacrilega! Facilísimo hubiera sido á Jesucristo sustraerse de las manos de aquella tropa de malvados, como tantas veces lo habia hecho de las de los que tenian orden de prenderle cuando aun no habia llegado su hora. Pero hoy que ha llegado ya el tiempo que él habia determinado para su sacrificio, sale él mismo al encuentro de los que le buscan, y no bien les ha dicho que es él mismo á quien tienen orden de prender, cuando su voz, á manera de un rayo, los arroja á tierra: tanta verdad es que si él mismo no se hubiese entregado á la muerte por la salvacion de los hombres, jamás hubieran podido

prenderle las potestades de las tinieblas : *Se ofreció porque quiso*, dice Isaías.

¿Qué estado mas santo ni mas perfecto que el del apostolado? ¿qué vocacion mas cierta ni mas milagrosa que la de Judas? ¿En dónde podia estarse mas al abrigo de las borrascas de la pasiones, de las astucias del enemigo, y del contagio del mal ejemplo, que á la vista misma de Jesucristo, y en compañía de los apóstoles? Sin embargo, Judas tan bien llamado, en un estado tan santo, instruido por el mismo Jesucristo, en la escuela de los santos, colmado de sus beneficios, testigo de sus milagros; Judas se perverte; Judas comete el crimen mas horrible que se ha imaginado jamás; Judas se condena. Despues de esto, ¿quién no trabajará con temor y con temblor en el negocio de su salvacion? Jesus se digna llamar todavía á aquel traidor con el nombre de amigo, aun cuando le entrega. ¡O Dios mio! ¿qué violento es para vos el dejar que nos perdamos; cuánto sentis el vernos perecer! Habiendo el Salvador permitido que se levantasen aquellos á quienes solo su presencia y su sola voz habia echado por tierra, se entrega á ellos, y permite que se le ate como un malhechor, y se le lleve ante los tribunales, en medio de la gritería del pueblo. ¡Cuán lamentable seria nuestra suerte, mi amable Salvador, si pudiésemos consideraros á sangre fria en el lastimoso estado á que os ha reducido la ternura con que nos amais! ¡Ah! este amor es el que os ata mucho mas estrechamente, que las cuerdas con que os vemos ligado. Y este mismo amor ¿no nos atraerá á vos?

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Dios omnipotente y eterno, concedednos vuestra gracia para celebrar los misterios de la pasion de nuestro Señor, de modo que merezcamos obtener el perdon de nuestros pecados por el mismo Jesucristo nuestro Señor, etc.

La epistola es del profeta Jeremías, cap. 11.

En aquellos dias, dijo Jeremías : Señor, vos me habeis revelado y dado á conocer sus designios, y yo los he conocido; y yo me he conducido como un cordero manso que llevan para que sea victima, cual si hubiese ignorado la conspiracion que habian formado contra mí, diciendo : Pongamos leño en su pan : exterminémosle de la tierra de los vivientes, y bórrese su nombre de la memoria de los hombres. Mas vos, ó Dios de los ejércitos, que juzgais segun la justicia, y que sondeais los riñones y los corazones, haced que yo vea el castigo que debeis ejercer sobre ellos; porque yo he puesto en vuestras manos la justicia de mi causa, Señor Dios mio.

NOTA.

El estilo de Jeremías, dice san Jerónimo, no es elevado como el de Isaías y de Oseas, y algunos otros profetas; pero la simplicidad del estilo queda bien recompensada por la sublimidad de los sentidos que encierra. El Espiritu Santo se ha servido con especialidad de este profeta para darnos un retrato el mas semejante de la pasion de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Yo me he conducido como un cordero manso que llevan para que sea victima. Siempre fué la mansedumbre uno de los rasgos mas marcados del carácter de Jesucristo; pero jamás apareció en él esta virtud con mas esplendor que en todo el curso de su pasion,

y singularmente sobre el Calvario. Ni fué tampoco una mansedumbre de flaqueza y de inaccion, que produce la extenuacion, ó que la necesidad adopta. La impotencia hace algunas veces dulce y tratable hasta el despecho mas irritado, y á los hombres mas coléricos los amansa. Pero esta mansedumbre aparente no fué jamás una virtud. No es de esta naturaleza la de que Jesucristo nos da un ejemplo tan singular en medio de sus humillaciones y de sus dolores. Los cordeles que le atan á la columna, y los clavos que le fijan en la cruz, no habian ligado su poder. El Salvador bajo de aquel granizo de azotes, en medio del torrente de injurias, de ultrajes y de oprobios de que se ve como inundado, puede muy bien decirse que nunca apareció mas grande, nunca mas poderoso; nunca apareció mas Dios, por decirlo así, que en el profundo abismo de sus humillaciones y sobre el Calvario: *Verdaderamente este hombre era hijo de Dios* (1), exclama allí admirado el centurion. Por esta paciencia divina, y por esta dulzura inefable, se ha mostrado tal como era este divino Salvador. David habia tenido mansedumbre durante su vida; pero en su muerte ordenó á su hijo que tratase con rigor á los que él habia perdonado. Isaías, Ezequiel y Jeremías habian sido moderados y aun pacientes; pero su mansedumbre se presentaba muy rígida, hasta forzada parecia algunas veces; y los deseos que al parecer tenian de ver á sus enemigos humillados, alligidos, anonadados, por mas que sean misteriosos, alteran su dulzura, y su paciencia la dejan ver como al vislumbre. Solo la mansedumbre de este divino Cordero es la que nunca se desmiente. Hasta en la cruz,

(1) Marc. 15.

un momento antes de espirar pide á su Padre que perdone su muerte á los que hasta entonces han estado tan sedientos de su sangre, excusando su crueldad con su ignorancia. En esta escuela es en la que tantos millones de mártires han aprendido á ser pacientes, y todos los santos á conservar toda su vida una mansedumbre inalterable. La leccion es universal, sin embargo son muchos los que la ignoran. Esos humores acres y molestos; esos aires altaneros é imperiosos; esos tonos eternamente secos é impacientes; esos modales orgullosos y austeros no caracterizan jamás la verdadera virtud. En vano se trata de autorizar el mal humor con el nombre de zelo; si es el espíritu de Jesucristo el que le anima, debe ser dulce. Nunca fué incómoda y mucho menos colérica la piedad cristiana. Cuando hay en ella algo de hiel ó de amargura, ya es pasion. ¿Qué error pretender excusar uno su mal humor con la indocilidad de un niño, ó con la tontería de un doméstico! estos frutos salvajes nacen en nuestro propio terreno. No hay cosa que demuestre mejor un espíritu grosero y un corazón inmortificado, que la impaciencia. La mansedumbre no solo hace el elogio de la virtud, la demuestra. No hay virtud cristiana sin mansedumbre.

El evangelio de la misa es la pasion de nuestro Señor Jesucristo segun san Marcos, cap. 14.

En aquel tiempo: Debía celebrarse la Pascua y los Azimos de allí á dos dias; y los príncipes de los sacerdotes, con los escribas, buscaban cómo prender á Jesus por sorpresa, y quitarle la vida. Pero decian: No se haga esto durante la fiesta, no sea que acaso suceda alguna conmocion popular. Estando, pues, Jesus en Bethania en casa de Simon el leproso, sentado á la mesa, vino una mujer con un vasa